

## La *Eneida*, Virgilio y Eneas

Nicolás Cruz (2009)  
Pontificia Universidad Católica

La *Eneida* es un extenso poema épico escrito por Virgilio entre los años 29 y 19 a.C. Su tema central es el largo viaje que Eneas, junto a algunos troyanos, realizó desde su ciudad destruida por los griegos hasta las tierras de Italia, donde terminaron por instalarse luego de haber sostenido una guerra violenta contra los pueblos del lugar. A propósito de esta narración, el poeta presenta distintos momentos de la historia de Roma, para terminar relacionando todo lo anterior con aquello que sucede en sus días, marcados por el fin de las guerras civiles que tanto afectaron al Imperio romano durante el siglo I a.C., así como también signados por la llegada de Augusto al cargo de emperador, figura en la que Virgilio confía para el establecimiento de una paz duradera.<sup>1</sup>

El autor fue el poeta Virgilio, nacido el año 70 a.C., quien había vivido la mayor parte de su vida adulta en un imperio sumergido en el conflicto de las guerras internas y la consiguiente inseguridad para sus habitantes. Él mismo había experimentado los efectos de estas cuando le fue confiscada su propiedad agrícola en Las Galias, situación sobre la cual nos informa indirectamente en las *Bucólicas*. Como tantos de sus contemporáneos, adhirió a Augusto, el vencedor en la batalla de Accio del año 31 a.C., y escribió a favor de las nuevas condiciones que se inauguraban. Su postura, como la de la mayor parte de los poetas del período, descansa en el rechazo de la violencia y confusión que se habían dado durante ese tiempo:

Los cuarenta y cinco años del gobierno de Augusto no fueron un período indiferenciado. En términos políticos simples, hubo varios momentos y etapas discernibles dentro de su reinado. Virgilio (70 a.C.), Horacio (65 a.C.) y el mismo Augusto (63 a.C.) habían nacido con ocho años de diferencia entre ellos; lo mismo es válido para Mecenas y para el versátil Vario (ambos del 70 a.C, más o menos). Era una generación que había pasado por el

---

<sup>1</sup> Perret, J. en *Virgile*, Hatier, Paris, 1965, pág. 132, hace una descripción general del poema en los siguientes términos: “ Virgilio ha querido que su narración de las aventuras de Eneas simbolizara la totalidad de la aventura romana y su culminación en Augusto; toda la historia romana está de alguna forma incluida en la de Eneas; cada uno de los gestos del héroe, cada uno de los hechos que surgen a lo largo de su ruta compromete grandes intereses, define situaciones inmensas”

centro de las Guerras Civiles, y esa experiencia los marcó profundamente. Esta clamaba por paz, estabilidad y la restauración de los valores romanos.”<sup>2</sup>

Lo dicho hasta aquí tiene la intención de señalar que en la *Eneida* aparecen unidos, por una parte, los tiempos más remotos (míticos) con el presente (histórico), figurando este último de manera explícita en varios momentos. Incluso es probable, aunque nada se pueda decir de manera definitiva, que Virgilio haya pensado, inicialmente, escribir el poema sobre los hechos contemporáneos y que el protagonista fuese Augusto, idea que habría descartado debido a las múltiples dificultades que la situación presentaba. La solución fue la de colocar el viaje de Eneas, considerado como el primer ascendiente de los romanos, como argumento de la obra, extendiendo desde este punto la narración a distintos momentos del pasado de Roma hasta llegar a sus propios días.<sup>3</sup> Los versos iniciales del poema dan cuenta de la opción final asumida por el autor:

Canto las armas y al varón ilustre  
que, prófugo por fuerza de los hados,  
vino desde los términos de Troya  
a Italia y a las costas de Lavinio.  
Mucho tiempo surcó tierras y mares  
por rigor de los dioses y la ira  
siempre despierta de la acerba Juno;  
mucho sufrió también en rudas lides  
mientras fundaba su ciudad y al Lacio  
transportaba sus dioses, alta empresa  
que dio principio a la nación latina,  
a los antiguos próceres de Alba  
y a las murallas de la excelsa Roma.<sup>4</sup>

Los tiempos remotos y el presente se reúnen, pero junto a ellos la dilatada vida romana que se desarrolla entre un momento y otro, aspecto que ha merecido una menor atención por parte de los comentaristas. Este tiempo intermedio comparece de manera constante a propósito de la acción narrada, pero es objeto de una atención especial en el libro IV, dedicado a Cartago –siempre entendida como el peligro más grande que enfrentó Roma-, en el libro VI, cuando Anquises, el padre de Eneas, muerto en una etapa anterior del viaje y ahora habitante del mundo de los muertos, muestra una galería de los futuros héroes de Roma, y, por último, en el libro

---

<sup>2</sup> Galinsky, Karl. *Augustan Culture. An Interpretive Introduction*, Princeton University Press, USA., 1996, p. 226.

<sup>3</sup> Una sintética y muy bien lograda problematización de este punto se encuentra en Horsfall, N. *A Companion to the Study of Virgil*, E.J. Brill, Leiden, 1995, especialmente el primer capítulo con los rasgos biográficos de Virgilio.

<sup>4</sup> *Eneida*, I, 1-7.

VIII, ocasión en la que Vulcano, aprovechando la confección que hace de las armas que empleará Eneas en la batalla, grabará en el escudo los momentos en que la ciudad de Roma ha logrado sobrevivir a los ataques más peligrosos a que fue sometida. Se puede afirmar, además, que partir del libro VII la presentación de este tiempo romano se hace cada vez más visible.

La historia y la política tienen espacios significativos en el poema, pero no son las ópticas decisivas para su comprensión. Como propondremos a continuación, las claves más importantes se encuentran en lo religioso y cultural. Es en la combinación de estos últimos dos planos donde se puede encontrar la recreación, ordenación y explicación de la dilatada vida romana que transita, sin interrupciones, desde el mito a la historia, alcanzando el tiempo presente. Lo central, entonces, es que los romanos, mediante el ejercicio sostenido de la piedad para con los dioses –una herencia directa del “piadoso Eneas-, han logrado ponerse a la altura del desafío que les deparó el destino, fundando un imperio que debía gobernar el mundo mediante la justicia y las leyes, aunque este último punto constituya el gran desafío por alcanzar en el tiempo de Augusto, según se puede desprender de las palabras de Virgilio. Lo cultural viene a señalar que los resultados alcanzados son el producto del trabajo (*labores*) voluntarioso de una sociedad que se mantiene, con los altos y bajos propios de todo grupo humano, fiel al destino encomendado por los dioses y establecido por ellos desde el principio de los tiempos.

La *Eneida*, por cierto, no es una obra de historia, por más que contenga visiones sobre el particular y que en Virgilio encontremos una fuerte sensibilidad histórica. Si hay alguna visión de este tipo, esta tendería a enseñar que los mejores tiempos de Roma han sido aquellos en que los romanos han practicado la piedad, se han mantenido cercanos a los dioses protectores, han sido gobernados de manera sabia y ejercido la justicia tanto en su vida interna como con los pueblos que han llegado a estar bajo su dominio. Y los peores, en cambio, han sido los de las guerras civiles, los de la impiedad, los de la soberbia que ha llevado a enfrentarse incluso a ramas de una misma familia, los de la injusticia.

Resulta claro que Virgilio no quiso hacer un poema histórico y que para ello tomó medidas que lo alejaban de las exigencias cronológicas que, con tanto rigor, practicaban sus contemporáneos, como, por ejemplo, Tito Livio. Se puede observar un deseo claro de obviar cualquier cronología como sostenedora del relato. En aquellos pasajes en que se refiere a los antepasados, los ordena sin prestar una atención escrupulosa al período en el cual vivieron. Algo similar se observa cuando se refiere a hechos ocurridos en la historia romana, los cuales no se ordenan conforme a los criterios de la secuencia temporal. Cuando Eneas, por ejemplo, visita a su padre en el mundo de los muertos, situación que concentra la mayor parte del libro VI, y su progenitor le muestra las almas de todos los que formarán parte de la historia futura de Roma, observamos que junto a una figura de los primeros tiempos de Italia puede aparecer una de los años finales de la República romana, o que dos almas mencionadas

en un mismo verso, vivirían en siglos completamente diferentes. Lo que importa en estos casos es hermanarlas en virtud de alguna característica y no por el tiempo en que vivieron.

Lo político en la *Eneida* es una cuestión compleja de analizar. Por una parte, se tiene que todo el devenir romano remata en varias ocasiones en la figura de Augusto y el régimen que está estableciendo de manera progresiva en los momentos mismos en que Virgilio escribe el poema. El poeta, más que un partidario o un detractor de este régimen, como algunos lo han presentado en tiempos recientes, es un partícipe de la construcción del proyecto imperial de acuerdo a las claves y competencias que corresponden a un artista, especialmente a uno que evitó ocupar algún cargo y convertirse en un funcionario. Desde este punto de vista, así como por lo que se refiere a la exaltación de los valores romano-republicanos, la *Eneida* es un texto esencialmente político, aspecto del trabajo poético que tomaba una fuerza desusada en la cultura romana del período, como se puede apreciar también en la poesía de Horacio. A nuestro entender, el texto se ubica en el plano de las convicciones profundas de un autor y no en el de la propaganda política directa derivada de los compromisos adoptados con una forma de gobierno determinada.

Podemos graficar esta idea en el *memento* o recordatorio que pronuncia Anquises al final del libro VI:

...mas tú, oh romano, atenderás tan solo  
a regir tu nación con justas leyes,  
y estas serán tus artes: la costumbre  
imponer de la paz; a los vencidos  
darles perdón, y freno a los soberbios.<sup>5</sup>

Las palabras de Anquises adquieren en esta ocasión el carácter de una invocación referida a la tarea futura de Roma y no tienen como objetivo destacar una cualidad lograda del gobierno de Roma. Las guerras civiles y las ácidas críticas de las provincias al gobierno romano estaban demasiado cercanas para que alguien pudiera olvidarlas y pensar que ahí había habido un gobierno justo de acuerdo a las leyes. La idea parece ser, entonces, que si Roma quiere realizar un efectivo gobierno imperial, tarea que Virgilio nunca cuestiona, debe implementar un orden justo, basado en las leyes y donde los diversos pueblos encuentren una representación adecuada. El sentido de la invocación es a la construcción de este orden y no la exaltación frente a algo ya alcanzado. Dicho en otros términos, el tiempo que se inaugura tiene sus desafíos y su destino final dependerá de su capacidad para implementarlos de manera adecuada, recurriendo para estos efectos a los valores romanos tradicionales.

---

<sup>5</sup> *Eneida* VI, 851-853.

Lo anterior se puede entender con mayor claridad si advertimos que la *Eneida* es un poema que tiene más que ver con el Imperio que con la ciudad de Roma misma. Por cierto que no estamos aquí frente a términos que se excluyan ni ante fronteras que delimiten en forma absoluta ambos aspectos, pero el argumento se aborda en el momento en que el gran tema de los romanos es el de su gobierno del mundo, su relación con los otros pueblos que integran el complejo político imperial que ellos dirigen, la manera en que el gobierno romano, con el emperador a la cabeza, representa la gran diversidad de sus habitantes y sus también muy distintas demandas. En forma clara observamos que, en esta versión, Roma nació para ser un imperio y su historia es un lento pero consistente desarrollo de esta vocación y mandato de los dioses. La primera característica que señalamos, esto es, que la obra está escrita desde el presente del autor, se presenta aquí con toda su fuerza. Virgilio, ya lo señalaremos con más detalle más adelante, combina su adhesión a los antiguos valores republicanos con una clara comprensión de que se han consolidado los tiempos nuevos en que se requiere un gobierno centralizado que represente la gran variedad de poblaciones que conforman el imperio.

Desde los tiempos remotos de Eneas hasta los de Virgilio, a finales del siglo I a.C., hay una sola historia de Roma. Los momentos, hechos y personas más distintas han participado y contribuido, en la imagen que nos entrega el autor, a fundar, mantener y consolidar esta ciudad que se ha terminado apoderando del mundo y gobernándolo.

Roma, construida de manera colectiva a través de un más que extenso período, hunde sus raíces, y aquí la expresión resulta acertada, en el tiempo mítico, transitando desde allí a la historia. Se inicia en las vísperas de la caída de Troya, cuando unos troyanos, tan cansados como los griegos de la larga guerra, dudan respecto a la postura que les convenía adoptar frente al caballo que se les ha dejado en la costa como supuesta ofrenda a la ofendida Palas Atenea. Pero, y pese a que los troyanos no lograron advertirlo a tiempo, se trataba de una treta, una más, ideada por Odiseo, para engañar y derrotar a los troyanos. Luego de lo cual vino la destrucción de la ciudad por obra de los soldados helenos cobijados al interior del caballo y el inicio del exilio de los sobrevivientes troyanos a la desgracia, entre los cuales se contaban Eneas y algunos de sus cercanos. De esta manera, y de acuerdo a una construcción cultural de los romanos, su ciudad se relacionaba con el hecho inaugural de la Guerra de Troya. Pero ellos, los vencedores del mundo, descendían de los vencidos de aquella ocasión y deploraban la violencia excesiva que había sido utilizada contra aquella población. Desde ese primer momento hasta los de Virgilio, se da la continuidad histórica, presentada de una forma magistral a través del recurso de anticipar el tiempo del relato, un arbitrio muy bien logrado mediante el cual a partir de algunas palabras de Júpiter (libro I), de la visita de Eneas al mundo de los muertos (libro VI), o de la entrega que hace Venus –la madre de Eneas- a su hijo de las armas para el combate (libro VIII), la historia se adelanta a una gran velocidad y economía de imágenes hasta detenerse en la figura del emperador Augusto y la consolidación del imperio pacificado; esto es, en el

heredero de las virtudes que habían permitido las conquistas y el último defensor de una Roma tantas veces asediada. Todo esto a partir del presente, pero remontándose a lo inicial y transitando por los momentos más significativos entre uno y otro.

La *Eneida*, por lo tanto, no sólo contiene la narración del momento inicial y del actual con respecto al poeta que escribe. Incorpora el transcurso entre ambos y lo hace desde la perspectiva de que la historia pública es una construcción lenta, colectiva, en la que se establece una tensión entre lo público y lo privado.<sup>6</sup> La percepción central es que la construcción de lo público y su buen funcionamiento exige piedad, disciplina y renuncia a las aspiraciones individuales, por más legítimas que sean en muchos casos. Reclama, en algunas situaciones, de una enorme y desconcertante rigidez en el cumplimiento de los cargos públicos, tanto como para que un cónsul o un comandante decreta la muerte de sus hijos por haber traicionado a la República o haber actuado de manera individual en contra de lo ordenado.<sup>7</sup> Eneas es el ejemplo vivo de estas tensiones cuando debe renunciar a Dido y las excelentes condiciones de que disfrutaba en Cartago para continuar con su misión pública. La reina de Cartago será presentada, en este plano, como su contrario y pondrá en evidencia a quien no renuncia a lo privado para consagrarse al gobierno de su ciudad con todas sus exigencias.

Una historia en el nivel humano pero con la participación activa y decisiva de los dioses, he aquí otro aspecto central de la obra. Se trata en esta ocasión, y por cierto, de creencias que corresponden al tiempo de Virgilio:

Los dioses que tanto afectaron las vidas de Eneas, Dido y Turno son presentados por el poeta bajo una forma humana y con atributos humanos, viviendo y actuando en términos humanos. Este antropomorfismo es, por cierto, tradicional, heredado en última instancia de Homero y ratificado por una larga tradición en la literatura y el arte... Pero si su explicación sobre ellos es una ficción a este respecto, de esto no se deduce que sea una ficción en todos los aspectos y que no crea, por ejemplo, en su existencia, en su pluralidad, en su poder, en la diversidad de sus intenciones y en los efectos de estas sobre la vida de los individuos.<sup>8</sup>

La presencia y el poder de los dioses constituye una parte del carácter religioso de la *Eneida*. Como ya hemos señalado, se trata de un aspecto mayor, tanto así que en la invocación inicial que hace el poeta a la musa –

---

<sup>6</sup> Este aspecto lo advirtió Williams, R.D. en su artículo. "The purpose of the Aeneid", en *Classical Quarterly*, NS. 10, 1960, pp. 145-151. Reproducido en *Oxford Readings in Vergil's Aeneid*, edited by Harrison, S.J. Oxford University Press, New York, 1990, pp. 21-36. Williams, R.D., es autor de la importante obra *Aeneas and the Roman World*, Macmillan, 1973, y redactor de la voz *Eneas* en la *Enciclopedia Británica*. La perspectiva de la historia de Roma como un proceso colectivo y lento es la idea central del manual "Roma y su Imperio" de Aymard, A. y Auboyer, J. vol. 2 de la *Historia General de las Civilizaciones*, Ediciones Destino, Barcelona, 1963-1965.

<sup>7</sup> Tal como se advierte en *Eneida* VI, 819 y 826.

<sup>8</sup> Camps, W.A. *An Introduction to Virgil's Aeneid*, Oxford University Press, Great Britain, 1969, p. 41.

un recurso épico habitual- recurre a pedirle inspiración para conocer el motivo de la ira de una diosa, y no, a la usanza homérica, para que le informe sobre los motivos de los conflictos y guerras entre los hombres:

Dígnate ahora recordarme, oh Musa,  
las causas de esos males, cuál agravio  
sintió la augusta reina de los dioses,  
qué ofensas dolorosas la movieron  
a castigar con tales desventuras  
a un adalid por la piedad insigne  
y a hacerle padecer tantas desgracias.  
¿Tales rencores en divinos pechos?<sup>9</sup>

El poeta consulta, de manera más precisa, por la persistencia de la ira, ya que los sufrimientos experimentados por los troyanos desde el momento de la destrucción de la ciudad hasta el de la tormenta que los afectará frente a las costas de Cartago luego de seis años de viaje serían, a los ojos humanos, más que suficientes para reparar cualquier ofensa que se hubiese cometido. ¿Por qué Juno persiste, cuando de forma clara se nos advierte que muchos de los otros dioses, quienes también propiciaron la destrucción de Troya y participaron en ella, ya habían depuesto su molestia y ahora, de acuerdo a nuevas motivaciones, favorecen a los troyanos viajeros o se desinteresan de ellos?

Los humanos no conocen las razones, intenciones y la forma de vivir el tiempo que tienen los dioses. Estos, a su vez, no saben de manera completa lo que ha tramado el destino para los romanos y el papel que les cabe a cada uno de ellos, aunque dispongan de más información que los habitantes de la tierra, excepción hecha de Júpiter, que en algunos momentos parece identificarse con el destino, mientras que en otros figura como el encargado de su cumplimiento. Pero ellos, los hombres, saben que la piedad, profunda y sostenida, es la manera de comunicarse con los celestes y disponerlos en su favor. Aquí aparece la segunda dimensión religiosa del poema, y será esta una acción permanente que Eneas lleve adelante y que transmite a los romanos –sus herederos- como una forma de comportamiento.

---

<sup>9</sup> Eneida I, 8-10.



Venus y Eneas. Fresco Pompeyano

Todo lo anterior está contenido dentro de la narración de una historia, respondiendo a la exigencia del género épico. Y esta historia narra en su nivel temático el largo viaje de siete años que realizó Eneas junto a sus acompañantes entre Troya y las tierras del Lacio, salvando diferentes situaciones y dificultades impuestas por la geografía, los humanos y algunos de los dioses. De manera gradual durante esta travesía, Eneas irá advirtiendo que el destino le ha asignado la misión de llegar hasta las lejanas tierras de Hesperia o Italia, combatir y vencer a los aborígenes, que lo ven como un usurpador, instalar en esas tierras a los dioses troyanos que lleva consigo, y fundar junto a Lavinia, la princesa nativa, una estirpe de la cual, con el paso de los siglos, descenderán los romanos, conquistadores de un imperio sin fin.

La historia fue narrada por Virgilio en 9.896 versos repartidos en doce cantos. Los seis primeros narran el viaje, mientras que entre el canto VII y el XII se asiste a la llegada a Italia, a la guerra y al triunfo final de los troyanos. Visto desde este punto de vista, se ha sostenido que la *Eneida* contiene una Odisea (narración de viajes) en la primera parte y una Iliada (narración de una guerra) en la segunda, teniendo en cuenta que Homero fue el



modelo del autor romano. Si bien esta división es el resultado de una disposición consciente de Virgilio, en su obra destaca la continuidad entre los doce cantos, sin advertirse una división de fondo ni “dos inicios”.<sup>10</sup>

La narración se abre (libro I) con la descripción de la tormenta que abate a las naves troyanas frente a las costas de Cartago, lugar hasta donde las han empujado los vientos cuando abandonaron Sicilia. Estamos en el sexto año del viaje y los troyanos suponían que ya estaban cercanos a finalizar su vagabundaje. No contaban con la capacidad de la diosa Juno para intentar, una vez más, borrarlos de la faz de la tierra. En efecto, ésta, auxiliada por Eolo, provoca la tragedia que significará la muerte de algunos viajeros y arrojará a los otros hasta las costas donde estaba surgiendo la ciudad de Cartago gobernada por la reina Dido. En un registro propio de los dioses, Venus consulta a Júpiter por los motivos del persistente sufrimiento que se le inflige a los troyanos, a lo cual el dios responde que estos cesarán con el tiempo y despliega ante la diosa el futuro de los troyano-romanos hasta que lleguen a gobernar todo el mundo conocido por ellos.

Los libros II y III contienen la narración que Eneas hace a la reina Dido, a solicitud expresa de ella, de la destrucción de Troya y las etapas posteriores del viaje. Ambos libros tienen en común el hecho de que el narrador sea Eneas y que Virgilio se refugie detrás de su personaje para construir una narración que de manera clara responde a los recuerdos, perspectiva e intenciones del personaje. La destrucción de la ciudad se inicia con la presencia en la costa del caballo de Troya y la discusión entre los troyanos, quienes finalmente deciden su ingreso al centro de la ciudad, figurando en este poema la narración más completa a este respecto que ha llegado hasta nosotros. Durante esa noche, y antes de que Eneas se percate del ataque, recibe la visita de la sombra de Héctor, el héroe troyano de cuya muerte se nos ha informado en la *Ilíada*, quien le anuncia la desgracia que se avecina y lo insta a salir de Troya y llevarse los dioses de la ciudad. Hacia el final del canto, y cuando los sobrevivientes se aprestan a salir, muere Creusa, la mujer de Eneas.

No obstante lo anterior, ambos cantos son diferentes. El primero de ellos (libro II) recrea los sucesos de un día en la vida de Troya. La narración de Eneas es aquí detallada, precisa y, como ha sido señalado una y otra vez, de una calidad extraordinaria. Tiene el valor agregado de presentársenos como si fuese un recuento de vencidos y contrasta con las que habían generado los griegos sobre los mismos hechos. En el segundo de ellos (libro III), en cambio, se abordan los viajes y detenciones efectuadas durante seis años en un espacio geográfico mediterráneo amplio que se extendió desde Antandro, lugar cercano a Troya donde los viajeros construyeron las naves, hasta Cartago. La narración de Eneas es aquí rápida y de cada lugar se dice lo estrictamente necesario para el desarrollo del relato. En más de una ocasión, los vientos favorables o la advertencia de alguno de los personajes

---

<sup>10</sup> El punto ha sido discutido por muchos autores, y ahora ha vuelto sobre él de manera reciente Adler, E. en *Virgil's Empire. Political thought in the Aeneid*, Rowman and Littlefield Publishers, U.S.A., 2003, especialmente en pp. 3 y ss., y en 137 y ss. Una interesante reseña crítica es la que ha hecho Alba Romano en *Ordia Prima*, vol. 3, 2004, pp. 171-173. Agradezco a Miguel Ruiz S. haberme facilitado esta referencia y el texto correspondiente.

precipita la partida desde un lugar en el cual podrían haber permanecido un largo tiempo, especialmente cuando en Butroto Eneas encontró a Heleno, hijo de Príamo, y por lo tanto su primo, y a Andrómaca, la viuda del afamado Héctor.

En varios de los lugares por los que pasan, Eneas va recibiendo mensajes y señales que le develan de manera parcial el sentido de su viaje. De una manera especial el dios Apolo, quien se manifiesta a través de diversos sacerdotes y sacerdotisas, le da indicaciones sobre el futuro de los viajeros. Puede advertirse aquí el tema central de este libro, que trasciende a la sola narración misma de los viajes.

El libro IV describe el amor de Dido por Eneas, una historia que terminará de manera trágica hacia el final de este canto con el suicidio de la reina. Para la inmensa mayoría de los lectores de la *Eneida* se trata de los pasajes más notables del poema y figura dentro de los relatos más famosos de la literatura universal. Dido, la reina concentrada en el gobierno de la ciudad y en su fortalecimiento ante los amenazantes vecinos, se enamora de Eneas por influjo de las diosas Venus y Juno, extrañamente de acuerdo esta vez, y podemos agregar que se enamora perdidamente como producto de ciertos rasgos propios de su carácter que también podemos advertir en el libro primero. Con el libro IV termina la estadía en Cartago y el tiempo de los recuerdos y narración de Eneas. Los cantos siguientes se referirán a las últimas etapas del viaje y la llegada a Italia. Mientras en los primeros cuatro libros el relato no es lineal, sino que desde Cartago retrocede a los sucesos ocurridos seis años antes, y luego desde ahí avanza el mismo plazo de tiempo hasta llegar a Cartago, en los siguientes adquirirá un carácter de continuidad secuencial.

En los libros V y VI tiene lugar la última etapa de las peregrinaciones. El primero de ellos tiene como escenario las costas de Érix, en Sicilia, donde Eneas y los troyanos honrarán la memoria de Anquises, el padre de Eneas muerto un año antes en medio del viaje. Allí se celebran los juegos fúnebres que recuerdan a los que encontramos en *Ilíada* XXIII, de acuerdo a la relación de Virgilio con el modelo homérico al cual hemos hecho referencia en párrafos anteriores. Dos situaciones vienen a turbar el desarrollo de esta actividad. En la primera se advierte una nueva intervención de Juno, quien impulsa a las mujeres, que no toman parte en los juegos, a que incendien las naves y todos se vean obligados a quedarse en las acogedoras tierras de Sicilia. A propósito de esta acción es que abandonarán el viaje la casi totalidad de las mujeres y los hombres mayores. La segunda, en cambio, impacta en el espíritu de Eneas, ya que, en un diálogo con su padre muerto, es invitado a encontrar a la Sibila y, teniéndola a ella como guía, visitar el mundo de los muertos donde padre e hijo se encontrarán.

En este punto el poema toma un giro inesperado, dado que será en el reino de los muertos donde Eneas conocerá el dilatado futuro de Roma, desde sus inicios hasta los tiempos mismos de Virgilio. Si bien varios poetas y narradores anteriores habían hecho viajar a sus personajes hasta dicho mundo, en la mayor parte de los casos esa experiencia había representado una travesía hacia el pasado, tal como se puede apreciar en el caso de Ulises

en el canto XI de la *Odisea*. En la *Eneida*, el porvenir se le revela a Eneas escenificado en una de las presentaciones más claras de la política imperial romana, tal como lo evidencia una lectura detallada de aquellos versos.

El libro VII muestra a los troyanos en las tierras del Lacio, escenario en el que permanecerán hasta el final del poema. Asistimos aquí a un tránsito desde la cálida recepción inicial dada por el rey Latino, quien había recibido un oráculo según el cual el recién llegado debía convertirse en su yerno y gobernar sobre sus territorios, hacia la hostilidad y rechazo completo a Eneas y los troyanos por parte de la familia del rey, de la mayor parte de los príncipes de Italia, y del pueblo. En un escenario de este tipo la guerra será inminente. La presencia de Juno, a través de Alecto, es visible en la disposición del ánimo de todos quienes se opondrán a los recién llegados.

En el libro VIII Eneas realiza un viaje por el Tíber hasta encontrar a los arcadios o aquivos gobernados por Evandro, y se da lo que le había señalado la Sibila al decirle que encontraría apoyo para enfrentar la guerra de quien menos podría esperarlo. En efecto, este rey de griegos, sabio al estilo estoico, mostrará a Eneas los edificios de la futura Roma –su ciudad se ubica en el lugar donde luego surgiría la capital del mundo-, le encomienda la educación militar de su hijo Palante y le concede el apoyo requerido, al cual agrega el de los etruscos, a quienes representa. En su retorno hacia la costa, Eneas recibirá de manos de su madre Venus la versión romana del escudo que Aquiles recibiera de Afrodita en los momentos culminantes de la guerra de Troya. En este escudo, el de Eneas, estarán representados los momentos culminantes de la defensa de la ciudad de Roma ante sus variados enemigos, terminando con el más decidido de ellos, Marco Antonio. Por lo tanto, y al igual que en el canto VI, las imágenes transitan por diversos momentos de la historia romana hasta concluir en su escena principal con Augusto, pacificador de la convulsionada Roma.

Los libros IX al XII describen los tiempos de la guerra en dos niveles. En el primero están los dioses, quienes se reúnen en un concejo decisivo en el libro X. Allí Juno, quien ya había empezado a ser objeto de piedad por parte de Eneas, debe resignarse a aceptar su derrota: Eneas vencerá en la guerra y fundará la estirpe. A modo de compensación, ella será objeto de culto en la futura ciudad. Venus ha logrado proteger a su hijo y su amor ha jugado en la misma dirección del destino.

Los humanos combaten y la guerra va acrecentando, en su desarrollo, los niveles de la violencia. Aquella ferocidad que distinguió a los griegos en la noche de la caída de Troya se hace cada vez más presente y de manera más parecida en Turno, el rey de los rútilos y antagonista de Eneas. Finalmente, la situación se precipita en el triunfo de Eneas y la muerte de su contendor. La última escena del pasaje es conmovedora, dado que, contra todo lo esperado, Turno pide a Eneas la clemencia, éste duda, pero opta por negársela y matarlo.



Mosaico con el poeta romano Virgilio junto a las musas Clío y Melpómene (s. IV)

Sabemos poco sobre la vida de Virgilio. Las noticias de que disponemos son escasas y tardías, a lo que se agrega el hecho de que parece haber sido una persona silenciosa y ajena a la exhibición pública. Parecerá una contradicción sostener, de manera simultánea, que la mayor parte de lo que sabemos sobre su vida lo obtenemos de la lectura de su obra, no obstante que sólo haya entregado noticias sobre sí mismo en muy contadas ocasiones. Tenemos una relativa seguridad para decir que nació en el año 70 a.C. en Andes, cercanías de Mantua, lugar habitual de residencia de su familia, y que murió a los 51 años el 19 a.C.

Virgilio se dedicó a la actividad poética la casi totalidad su vida, dato que parece esencial para comprender por qué sus obras, además de la calidad y el cuidado puesto en ellas, descansan en una enorme cantidad de lecturas e información que no puede sino haberse acumulado a través de un largo arco de tiempo. Esto último es algo que se puede apreciar de manera especial en la *Eneida*.<sup>11</sup> La dedicación completa a la actividad poética se complementó y apoyó en el cultivo sostenido de las lecturas filosóficas, especialmente durante el período de su primera residencia en Nápoles (antes del año 43 a.C.), y como proyecto declarado de volver a ella una vez que pusiera fin a la *Eneida*. Igualmente son perceptibles su gusto y conocimientos de medicina y astronomía.

Trazar algunos rasgos biográficos de Virgilio implica afrontar dos temas complejos: ¿cuáles son las fuentes que permiten reconstruir su vida, y qué obras se le pueden atribuir de manera segura?

<sup>11</sup> Debe descartarse la hipótesis de que Virgilio haya formado parte de las legiones de Julio César en los años 48-49 a.C., es decir, durante las guerras civiles y el enfrentamiento contra Pompeyo. Tal afirmación se basó en una lectura muy particular de *Catalepton*, 3, de la cual en verdad no se puede deducir una participación de Virgilio como soldado. Ya desde las décadas de 1930 y 1940 esta idea no vuelve a aparecer en los estudios dedicados al tema. Para este punto se puede ver con provecho el trabajo de Lind, J. Robert "Virgil's military experience", en *Classical Philology*, vol. 30, N°1, (1935), pp. 76-78. Una actividad que sí sabemos desarrolló por una vez fue la de alegar en una causa judicial, labor que no volvió a realizar, según se indica en la biografía de Suetonio-Donato (16).

La vida de Virgilio sigue siendo desconocida para nosotros en la mayor parte de sus momentos y aspectos. Contamos con unas pocas noticias y referencias contemporáneas que han sido utilizadas al máximo por los estudiosos de todas las épocas. Horacio, Propertio, Marcial y Ovidio, entre otros, informan sobre asuntos bastante puntuales, características específicas de la personalidad, o hacen referencias a su modo de trabajo. Todas ellas no son suficientes, ni siquiera remotamente, para tener una idea completa de su vida. Virgilio mismo agregó algunas informaciones que, si bien sirven de complemento, dejan a la vista con mayor claridad su carácter recatado. Esta característica marcada de su personalidad debe tenerse muy en cuenta a la hora de tratar de entender al autor y su obra.

La mayor parte de nuestros conocimientos provienen de fuentes tardías, siendo la *Vida de Virgilio* escrita en el siglo IV d.C. por Elio Donato la más importante, valor que descansa en el hecho de que tuvo como base y transmite de manera parcial un escrito anterior de Suetonio. Éste, quien vivió en la segunda mitad del siglo I d.C. y las dos primeras décadas del siglo II, nos resulta conocido por su *De Vita Caesarum (Los Doce Césares)*, que contiene la biografía de Julio César y los once primeros emperadores de Roma. Fue secretario del emperador Adriano y en esta condición accedió a los archivos imperiales, con los cuales parece haber alcanzado gran familiaridad. De estos extrajo noticias directas de las comunicaciones entre Augusto y Virgilio, así como otras noticias de gran valor que entregó en su *De viris illustribus*, buena parte de la cual está perdida.

Otras breves referencias biográficas son aun posteriores y agregan escasas noticias. El gramático Servio (siglo IV o V d.C.), elaboró un muy completo comentario de los poemas de Virgilio verso por verso<sup>12</sup>, e introdujo antes de su comentario sobre la *Eneida* unas pocas líneas con noticias respecto al poeta.<sup>13</sup> La dependencia de Elio Donato de este escrito y, por lo tanto, supuestamente de Suetonio, es visible. A ésta se suma una *Vida de Virgilio* atribuida a Focas, del siglo V d.C. (algunos críticos adelantan su datación al siglo IV) y las noticias que elaboró San Jerónimo.

El texto de Suetonio-Donato señala en su parte final que Virgilio, antes de emprender su viaje a Grecia y Asia el año 19 a.C., había manifestado su intención de dedicar los tres años siguientes a la corrección de la *Eneida* “para consagrar el resto de su vida a la filosofía”<sup>14</sup>. Estas intenciones no pudieron materializarse, dado que ese

---

<sup>12</sup> El comentario atribuido a Servio llegado hasta nosotros sería la amalgama de dos comentarios del período, como lo señala Bickel, E. en *Historia de la Literatura Romana*, Editorial Gredos, Madrid, 1987 (original alemán de 1960), p. 56. Para Büchner, K., en *Historia de la Literatura Latina*, Editorial Labor, Barcelona, 1965, el mayor valor de los comentarios de Servio radica en permitirnos conocer el detallado trabajo que se hacía en la lectura de Virgilio cinco siglos después.

<sup>13</sup> La biografía de Servio se encuentra ahora en la *Enciclopedia Virgiliana* 5,2, mientras que las noticias referentes a este comentarista pueden consultarse en la misma enciclopedia, vol. 4, pp. 805- 813, a cargo de Brugnoli, G. Una traducción castellana se incluye en *Biografías Literarias Latinas*, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1985, pp. 167-169, precedida por una breve introducción de García, Y.

<sup>14</sup> Suetonio-Donato, 35.

mismo año murió, cuando regresaba de su viaje. La biografía aporta aquí una serie de datos en los que se sostiene el problema de la producción literaria de Virgilio:

Había acordado con Vario, antes de abandonar Italia, que si algo le ocurría, quemara la *Eneida*; pero aquel se negó rotundamente a hacerlo. En sus últimos momentos pedía de manera insistente sus escritos para quemarlos él mismo; y aunque nadie se los entregó, no tomó en su testamento ninguna provisión sobre la *Eneida* en particular. Por lo demás, legó sus obras al mencionado Vario y Tuca, con la condición de que no publicaran nada de lo que él no había publicado.<sup>15</sup>

“Con la condición de que no publicaran nada de lo que él no había publicado”. ¿A qué se refería de manera específica? Suetonio-Donato, una fuente tardía como hemos tenido oportunidad de indicar, señala que Virgilio, aparte de tres obras cuya autoría resulta indiscutida: *Bucólicas*, *Geórgicas* y *Eneida*, habría escrito con anterioridad una serie de poemas breves que no habría publicado. De esta noticia se ha deducido que en la solicitud a Tuca y Varo, el autor solicitaba que se respetara su voluntad de que estas obras no fuesen difundidas de manera escrita.

La presunta autoría de Virgilio de esta serie de poemas anteriores ha despertado uno de los debates filológicos e histórico-literarios más intensos en relación con este autor. Suetonio-Donato menciona de manera expresa algunos de los poemas que luego serán considerados parte del *Apéndice Virgiliano*<sup>16</sup> a partir del siglo XVI. A la vez, una serie de importantes e informados autores relativamente cercanos a Virgilio en el tiempo mencionan que *Culex* (*El mosquito*) y algunos de los epigramas incluidos en *Catalepta* serían de su autoría. A modo de contraposición, otros autores, tan significativos como los anteriores, no hacen ninguna mención al respecto.<sup>17</sup> Quizás aquí se ilustra de manera clara lo que ha sido el extenso debate posterior donde la autoría de Virgilio ha sido aceptada para algunos de los poemas y negadas por otros:

<sup>15</sup> Suetonio-Donato 39-40.

<sup>16</sup> Para una edición moderna y que reporta el problema discutido, véase *Appendix Vergiliana*, Prefazione di Canali, L. A cura di Iodice, M. G., Oscar Mondadori, Milano, 2002, p.IX: Con la denominación de *Appendix Vergiliana* se entiende el conjunto de los componentes poéticos que las biografías antiguas sobre Virgilio, algunos testimonios antiguos dispersos y la tradición manuscrita medieval atribuyen al gran poeta, más allá de los escritos por los cuales es universalmente conocido y apreciado.

<sup>17</sup> Las noticias sobre estos poemas iniciales atribuidos a Virgilio se encuentran en Suetonio-Donato; una referencia en la biografía de Lucano en el mismo texto; Estacio; Marcial, Quintiliano, Plinio el Joven y Silio Itálico hacen diferentes menciones al punto. Los autores que no los mencionan, cuestión que suponemos habrían hecho en caso de tener noticias al respecto, fueron Ovidio y Propertio, siendo este último de particular importancia, dadas las varias referencias que hizo sobre Virgilio y su obra. Véase a este respecto, además de la edición del *Appendix Vergiliana* recomendada en la nota anterior, *P. Virgilio Marón. Bucólicas, Geórgicas, Apéndice Virgiliano*, Vidal, J.L. Recio García, T. de la A. y Soler Ruiz, A. Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1990, pp. 397-421. Una visión sintética y muy informada se encuentra en *Enciclopedia Virgiliana*, vol. 1, pp. 229-233, a cargo de Salvatore, A.

No es, entonces, posible, después del extenso debate crítico que se ha llevado adelante en torno al *Appendix*, decir una palabra concluyente sobre la posibilidad de atribuir a Virgilio al menos algunos de los cantos contenidos en él.

...

Dejando de lado este problema, que tanto ha apasionado a los estudiosos hasta nuestros días, y dividido el campo textual desde hace tiempo, no queda más que redescubrir el *Appendix* como un interesante testimonio de la literatura culta y placentera, de tipo preferentemente alejandrino y de elegante factura, que, a modo de un caleidoscopio, refleja en buena medida los gustos poéticos de la edad augusta y de aquella poco posterior.<sup>18</sup>

Uno de los motivos que se han esgrimido para atribuir a Virgilio al menos una parte del *Apéndice* arranca de la dificultad para aceptar que *Bucólicas*<sup>19</sup> sea la primera obra escrita por un poeta que a esas alturas tendría veintiocho años. Se agrega además que en algunos de los poemas anteriores se encuentran temas o motivos que luego aparecen trabajados y pulidos con extremo cuidado en las mencionadas *Bucólicas*.<sup>20</sup> Éstas fueron escritas probablemente entre los años 42 al 39 a.C. y contienen una serie de poemas en torno a los sentimientos, percepciones y situaciones de los pastores y la vida rústica que llevaban adelante en la Galia Cisalpina, esto es, en la zona natal del poeta.

La vida de los pastores presentada por Virgilio, así como la del propio poeta, quien, sin ser uno de los pastores protagonistas, estaba relacionado con la tierra y con una reducida propiedad en la zona, era alcanzada e interferida por los sucesos políticos y militares que se generaban en Roma durante estos años difíciles de las guerras civiles, de manera particular a través de las confiscaciones de tierras.

Los años en que Virgilio escribió las *Bucólicas* fueron algunos de los más intensos del período de los conflictos internos de Roma. Al fijar la atención en ellos podemos observar que es el tiempo en que se producen las violentas luchas contra los republicanos asesinos de César, quienes se habían refugiado en el Oriente con una nada despreciable cantidad de recursos y legiones. La guerra contra ellos concluyó con la derrota de los cesaricidas en la batalla de Filipos (23 de octubre del año 42). A partir de ese momento se inició un período de consolidación de las figuras de Marco Antonio y de Octaviano, ambos herederos políticos de Julio César, en una tensa relación que se resolverá en términos pacíficos, al menos por un tiempo, en el llamado acuerdo de Brindisi de septiembre del año 40. Como resultado de este convenio parece haberse dado la posibilidad de abrigar un

<sup>18</sup> Véase *Appendix Vergiliana*, Prefazione di Canali, L. A cura di Iodice, M.G., ya citada, pp. XXXII y XXXIII.

<sup>19</sup> De manera frecuente *Bucólicas* aparecen mencionadas como *Églogas*, haciendo referencia en este caso a la característica de poema breve: "Desde la misma antigüedad aparece también para estas mismas composiciones el nombre de *Églogas*, sobre todo entre gramáticos y editores de ellas. Aunque etimológicamente la palabra griega *eklogé* no significa más que 'elección o selección', pronto se asoció a la idea de canción breve, dedicada preferentemente a la vida pastoril, es decir, a contenidos como el de las *Bucólicas*.", en Recio García y Soler Ruiz, *op. cit.*, p.149-150.

<sup>20</sup> Esta idea es presentada por Levi, P. en *Virgil. His life and times*, Duckworth, Great Britain, 1998, p. 71.

moderado optimismo sobre la situación romana hacia fines del año 40 e inicios del 39, estado de ánimo que los hechos posteriores se encargarían de destruir. El hecho que involucrará resultados más decisivos en los años siguientes es la preeminencia que Octaviano alcanzó sobre el occidente romano en estos acuerdos con Marco Antonio, quien, como contraparte, concentrará su poder y relacionará su figura con el Oriente.

Un efecto directo de la situación sobre Virgilio y sobre los pastores que presenta en sus *Bucólicas* fue la labor llevada adelante por Octaviano para asignar tierras a los soldados veteranos de Antonio y Octaviano:

Incluso antes de Filipos, dieciocho ciudades italianas habían sido designadas para proveer tierras para los veteranos de los triunviros, y le correspondió a Octaviano organizar el establecimiento de los nuevos propietarios. Fue un trabajo odioso que involucró extendidas confiscaciones y generó una aguda miseria para los desposeídos, quienes no recibieron compensación: un clímax horrendo para medio siglo de violencia y horror rural.<sup>21</sup>

Un hecho que agravó la situación fue que los propietarios de tierras más poderosos de la Galia Cisalpina lograron conservar sus propiedades, mientras que los medianos o pequeños poseedores de tierras sufrieron todo el impacto de las confiscaciones. El padre de Virgilio figuró entre estos últimos en el año 41, y no se tiene certeza de que por intercesión de Virgilio aquella tierra le haya sido devuelta.<sup>22</sup> En la *Bucólica I* se hace referencia al problema de las expropiaciones, argumento sobre el cual también se encuentran referencias en la *novena*. Las conclusiones a las que podemos llegar no permiten una identificación con el problema puntual vivido por la familia de Virgilio, aunque sí con el sentimiento general que generaba esta situación entre los antiguos propietarios:

La confiscación de las tierras permanecía siempre como un profundo dolor. Virgilio se lamentaba por boca de Lícidas de haber sido expropiado; por boca de Melibeo, de verse obligado a partir al exilio. Los nuevos propietarios expulsaban a los antiguos cultivadores y éstos se veían obligados a encontrarse nuevos lugares.<sup>23</sup>

Cuando Virgilio escribió estas *Églogas* se encontraba radicado en Nápoles desde hacía algunos años. ¿Había pasado primero por Roma y realizado una estadía de alguna extensión, o se fue directamente a Nápoles, lugar en el cual residirá la mayor parte de su vida? Tampoco existe una claridad a este respecto, aunque la idea de un paso por la capital del Imperio, probablemente entre los años 54 y 49 a.C., parece atendible porque esta ciudad constituía un atractivo para los cispadanos deseosos de destacarse. Catulo lo había hecho unos diez años antes, y

---

<sup>21</sup> Pelling, C. "The triumviral period", p. 14, en *The Augustan Empire 43 B.C.-A.D. 69*, The Cambridge Ancient History, vol. X, Great Britain, 2001 (2<sup>nd</sup>. edition)

<sup>22</sup> Graham Hardie, C. "Virgil", en *Oxford Classical Dictionary*, 1970, 2<sup>o</sup> edición, p.1123.

<sup>23</sup> Della Corte, F. "Virgilio", en *Enciclopedia Virgiliana*. 5,2, p. 48.



también lo habían hecho los que deseaban figurar en la actividad política. Es probable que Virgilio haya residido en ella durante algún tiempo motivado por “la necesidad de aprender, la sed de lecturas, la necesidad de consultar bibliotecas”<sup>24</sup>. Otra cosa es que la ciudad no le haya gustado ni atraído, como se puede deducir de la *Bucólica* I (19-25), donde el pastor Títero dice a Melibeo que esa ciudad es tan grande que ha perdido su dimensión humana y que alguien, como ellos, acostumbrados al trato personal, se sentirían siempre incómodos y desadaptados. En Roma parece haber realizado una serie de lecturas importantes, como Lucrecio y Cicerón, además de tomar contacto con otros poetas, entre los cuales destacaba Cornelio Galo, un poeta ya conocido en la ciudad y que será una figura muy cercana a Virgilio en esos años.

Desde Roma se había trasladado a Nápoles en el año 49 o 48, dedicándose como actividad principal al estudio de la filosofía de tipo epicúrea con su maestro Siro, con quien parece haber desarrollado una relación de cercanía, figurando entre uno de sus herederos al momento de su muerte. Durante estos años conoció e inició una amistad con el poeta Horacio, cuestión que probablemente sucedió en el año 41 a.C. Unos pocos años más tarde presentó este amigo a Mecenas, el protector y político cercano a Augusto, con quien Virgilio desarrolló una estrecha amistad a partir de la publicación de *Bucólicas*.

La primera obra de Virgilio tuvo una excelente recepción en Roma, convirtiéndose en un poeta famoso a partir de ese momento. Junto a esto, mostró una tendencia que irá apareciendo de manera más clara en sus obras siguientes: la de introducir en los versos una serie de referencias sobre la Roma de su tiempo y las percepciones que él tenía sobre los hechos más importantes que estaban teniendo lugar. La calidad y excelente recepción de la obra despertó la atención de Mecenas sobre Virgilio. Este Mecenas, un coetáneo del poeta, “era consejero de Octaviano y su colaborador desde los tiempos de la guerra contra los cesaricidas. Ya en el año 44, junto a Agripa y Octaviano, enrolaban en la Campania a los veteranos de César”<sup>25</sup>. No se puede saber con seguridad a partir de qué momento exacto Mecenas incorporó a Virgilio a su círculo de poetas y artistas, aunque puede situarse hacia el año 38 a.C. de manera tentativa. Es probable que Virgilio comenzara a recibir un apoyo económico con la consiguiente presión para que él, como los otros integrantes del círculo, dirigieran sus creaciones hacia los poemas épicos e históricos en los que se resaltarán los valores tradicionales de la vida cívica romana.

*Geórgicas* es la segunda de las obras de Virgilio cuya autoría no es discutida.<sup>26</sup> En la biografía de Suetonio-Donato se menciona que la escribió en honor a Mecenas por la ayuda que este protector le había brindado en los

---

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 57.

<sup>26</sup> Una buena descripción de *Geórgicas* y sus distintos aspectos se encuentra en Grimal, P. *Virgile ou le seconde naissance de Rome*, Les Editions de Arthaud, Paris, 1985, pp. 119-187. Existe una traducción castellana de Bauzá, H. F., publicada por Eudeba, Argentina, en 1987. De utilidad descriptiva son las referencias que a este respecto se encuentran en el capítulo “Virgil’s Italy” de la obra de Levi, P. ya citada.

tiempos de las confiscaciones de tierras. Agrega a esto una breve referencia sobre la forma de trabajo del poeta: dictaba una serie de versos en la mañana, los que iba puliendo de manera cuidadosa durante el día. Los otros biógrafos antiguos no entregan más noticias al respecto.

Escritas entre los años 37 al 30 a.C., estas *Geórgicas* integran el tema del trabajo agrícola, al que están dedicados la mayor parte de los versos, con una serie de menciones a la necesidad de pacificar Roma y gobernarla de una manera laboriosa y prudente. Se puede advertir aquí una creación que transita en un doble sentido: por una parte “[...] Virgilio crea una visión de una forma de vida basada en el trabajo y encarnando las viejas virtudes que hicieron grande a Roma: piedad, tenacidad, patriotismo y pureza”<sup>27</sup>, y por la otra, una solicitud a los que ahora gobiernan Roma sin contrapeso, para que observen las mejores cualidades de quienes han conducido Roma a través de los tiempos. Parece importante resaltar con claridad este doble sentido que aparecerá mucho más pronunciado en la *Eneida*.

Ya hemos tenido oportunidad de señalar que este extenso poema épico fue escrito entre los años 29 y 19 a.C. El mismo Virgilio lo había anunciado en el proemio a la *Geórgica* III, al señalar que se disponía a cantar, en el futuro mediato, las glorias de Octaviano vencedor.<sup>28</sup> También hemos mencionado que, en algún momento, decidió que el protagonista de su poema sería Eneas y que, por ende, la narración se establecería en el tiempo mítico fundacional.

Para la creación de la *Eneida*, Virgilio se preparó esmeradamente. De esto se da cuenta el lector del poema a medida que va profundizando el conocimiento de la obra. A cada momento nos encontramos con que el poeta maneja todos los componentes y variantes de los hechos que está contando. En muchos de los casos, sus versos son una combinación de varias tradiciones distintas; en otros, si bien adopta de manera clara una de ellas, hace un guiño en el que nos deja ver que conoce las otras tradiciones que circulan sobre el tema que está tratando.

Todo lo anterior hizo que se hablara de Virgilio como un *doctus poeta*, y en efecto su cultura es muy evidente. Y dicha cultura es muestra de su interés por una gran variedad de temas, cuya lista resultaría casi inagotable. Hubo, eso sí, algo que parece no haber despertado un interés mayor en Virgilio: los viajes. Sólo hacia el año 19 a.C. se decidió a realizar lo que, en principio, debía ser una larga navegación por aquellos escenarios que aparecían en los cinco primeros libros del poema. La travesía duró menos de lo esperado, y cuando en Atenas se encontró con el emperador Augusto, decidió su regreso. El viaje coincidió con la enfermedad grave del poeta –

---

Para una síntesis interesante, recomendamos el capítulo correspondiente en Hardie, P. *Virgil, Greece and Rome, New Surveys in the Classics* N° 28, Oxford University Press, 1998.

<sup>27</sup> Griffin, J. “Virgilio”, en *Historia Oxford del Mundo Clásico*, vol. 2: Roma, Alianza Editorial, 1988 (1986), p. 722.

<sup>28</sup> *Geórgica* III, 1-48.

no sabemos exactamente cuál- y su muerte al llegar a Brindisi. Se cerraba una vida de 51 años, no muy breve ni tampoco extensa, si se toman en cuenta los años vividos por los otros poetas de su tiempo.

Virgilio consideraba que la *Eneida* no estaba completamente terminada cuando partió en su viaje hacia Grecia y que requeriría de tres años para pulir la redacción. Trató, infructuosamente, de asegurarse de que el poema sería quemado en caso de que a él le sucediese algo y no pudiese cumplir con la revisión. La noticia, reportada con cierto detalle por Suetonio-Donato 39, ha abierto un debate que se mantiene muy vivo hasta el día de hoy.<sup>29</sup> El punto, resumido de la manera más breve posible, ha girado en torno a los motivos tenidos por Virgilio para solicitar la destrucción de un trabajo que lo había ocupado de una manera tan intensa durante tanto tiempo. Una de las líneas de interpretación, y que ha tenido una especial recepción durante las décadas recientes, señala que la solicitud del poeta radicaría en su distanciamiento creciente con el régimen imperial y la figura de Augusto que él había cantado en tantos versos de la *Eneida*. Si bien no hay nada que permita demostrar esta apreciación, así como tampoco nada que permita rechazarla, el poema podría ser un texto no deseado por su autor, y su publicación terminaría siendo una última imposición de Augusto, en cuanto poder político autoritario, sobre la voluntad del artista. Lo más probable es que a este respecto se mantenga siempre la incógnita, que nos evidencia las dificultades que tenemos para poder alcanzar con profundidad la personalidad de Virgilio.

Luego de su muerte, Virgilio inició su propio viaje a través del tiempo y de la memoria. Ha sido uno de los autores más conocidos de la literatura universal y su obra ha mantenido vigencia hasta la actualidad. En su caso llama la atención el tránsito desde su condición de autor y figura histórica a la categoría de personaje de la literatura y la ficción. En efecto, de su primera condición de ser el poeta más conocido de Roma y autor de un poema en el cual se educaron los romanos durante siglos, experimentó un cambio (“el tiempo, gran escultor”) cuando Dante lo puso como uno de los actores más importantes de su *Divina Comedia*. Comparecía allí por las cualidades humanas demostradas en su condición de gran poeta, y era otro gran escritor quien lo constituía en personaje. Se iniciaba un curioso camino mediante el cual se empezaba a escribir una larga y dilatada obra sobre el autor de un escrito. Y en esto, por caminos muy distintos de los del Dante, por cierto, ha transitado las últimas décadas, tanto así que a partir de la novela de Hermann Broch, *La muerte de Virgilio*<sup>30</sup>, ha llegado a ser casi independiente y tan importante como su obra misma. El novelista alemán escribió en el exilio, y basta conocer algo de su vida para entender que su mirada sobre el poeta y su muerte decía también bastante sobre el ejercicio del poder político frente a los artistas y los intelectuales, el nazismo y la vida de los desterrados europeos en América

---

<sup>29</sup> El texto en Suetonio-Donato en “Virgilio”, 39, es el siguiente. “Había acordado con Vario, antes de abandonar Italia, que si algo le ocurría, quemara la *Eneida*; pero aquel se negó rotundamente a hacerlo. En sus últimos momentos pedía insistentemente sus escritos para quemarlos él mismo; y aunque nadie se los entregó, no tomó en su testamento ninguna provisión sobre la *Eneida* en particular. Por lo demás legó sus obras al mencionado Vario y Tuca, con la condición de que no publicaran nada de lo que él no había publicado.”

<sup>30</sup> Broch, H. *La muerte de Virgilio*, Alianza Tres, Madrid, 1979 (el original es de 1945).

del Norte. Para Broch, como para una parte de los estudiosos del último tiempo, Virgilio representa las tensiones entre el creador y el poder, entre la libertad y la opresión a la que siempre el *establishment* intentará reducir a sus artistas. Esa tensión, siendo universal y representando todas las épocas, no fue central para Virgilio, Horacio, Propertio, y ni siquiera llegó a serlo, intelectualmente, para un desgraciado como Ovidio.



Virgilio terminó de modelar el personaje de Eneas, al que desde hace ya un largo tiempo los romanos consideraban su antepasado más remoto y al cual habían venido dando forma con el paso de los siglos. Reuniendo, conociendo y recreando todo este material, el *doctus poeta* creará un Eneas que se destacaba de manera especial por su piedad. De hecho cuando, recién llegado a Cartago, encuentra a su madre Venus, a quien no reconoce, ya que ella se disfraza bajo la forma de una mujer joven, le dice *sum pius Aeneas* (soy el piadoso Eneas), haciendo con esto referencia a la característica central con la que gustaba presentarse.<sup>31</sup>

La dilatada presencia de Eneas en el tiempo anterior a que lo abordara Virgilio requiere algunas palabras de contexto. Las primeras referencias las encontramos en la *Ilíada*, poema en el cual aparecen muchos de los aspectos centrales que lo distinguirán por siempre y a partir de los cuales Virgilio desarrollará su personaje. Sabemos por el poema griego que hubo un Eneas, troyano que combatió contra los griegos como un “león fiado en su coraje” (V, 299); que era hijo del humano Anquises y de la diosa Afrodita (Venus), y que esta se tomaba cuidados especiales para protegerlo durante los múltiples combates en que tomó parte. Sabemos, además, por

<sup>31</sup> *Eneida* I, 378.

Homero, que los dioses Apolo y Poseidón estaban entre los que se preocupaban por él (Apolo en V, 433; Poseidón en XX, 293 y ss.). Eneas les había correspondido siempre con los rituales y dones gratos a los habitantes del Olimpo. Poseidón fue quien, ante la más que probable muerte de Eneas a manos de Aquiles en el combate personal que sostuvieron, expresó ante los otros dioses: “Mas ¿por qué este inocente ha de padecer ahora dolores sin razón por culpa de errores ajenos, cuando siempre con gratos dones obsequia a los dioses, dueños del vasto Olimpo?” (XX, 297-299).

Poseidón hace una mención expresa a que los dioses deben preservar la vida de Eneas, puesto que tiene un destino que cumplir como gobernante de los troyanos y como el responsable de que dicho pueblo continúe vivo en la historia:

El destino suyo [el de Eneas] es eludir la muerte,  
para evitar que perezca estéril y sin traza el linaje  
de Dárdano, el hijo que el Cronida más amó de todos  
los que han nacido de él y de sus mujeres mortales.  
Pues el Cronión ya ha aborrecido la estirpe de Príamo,  
y ahora la pujanza de Eneas será soberana de los troyanos  
igual que los hijos de sus hijos que en el futuro nazcan.<sup>32</sup>

Todos los aspectos señalados hasta aquí serán recuperados por la tradición posterior y de manera especial por Virgilio. Pero hay más, Eneas es en la *Ilíada* un soldado troyano al cual sus compañeros de armas se dirigen muchas veces y en quien encuentran a un decidido combatiente. Los resultados, eso sí, no se compadecen con su ánimo brioso. Lo vemos en constantes problemas y sólo el apoyo de los dioses lo salva de la muerte ante Diomedes y Aquiles. El mismo Eneas dejará ver en la *Eneida*, con cierto sentido del humor, que en los combates no era demasiado destacado. Esto, aunque en *Ilíada* V, 468 y VI, 77-79, sea equiparado dos veces a Héctor, quien comandaba las tropas troyanas.

Un último aspecto de Eneas en la *Ilíada* es el de su marginalidad política. En el canto XIII, 460-461, se menciona que “albergaba una cólera incesante contra el divino Príamo, porque no lo valoraba a pesar de su valor entre los guerreros”. Aquiles, en la lucha verbal que sostuvo con Eneas antes de dar paso al combate por la vía de las armas entre ambos, intenta desanimarlo trayendo este punto a colación:

---

<sup>32</sup> *Ilíada* XX, 302-308.

¿Es que tu ánimo te manda luchar contra mí porque esperas ser soberano de los troyanos domadores de caballos, con la misma dignidad de Príamo? Incluso si me despojas, no por eso Príamo depositará en tus manos esa prebenda; pues él tiene hijos y es firme y nada voluble.<sup>33</sup>

No será rey de los troyanos aunque destaque en la guerra, pero más aún, en los tiempos de la lucha no era consultado por Príamo, ni formaba parte de su círculo, compuesto más bien por la numerosa cantidad de hijos del rey con Hécuba y por los de Príamo con otras mujeres.<sup>34</sup>

Poseidón fue quien mencionó de manera expresa la piedad constante de Eneas para con los dioses. Este rasgo volverá a parecer de manera reiterada en los vasos de cerámica con figuras negras en el arte arcaico. Una y otra vez, se puede observar a Eneas sacando a su padre sobre los hombros durante la noche en que Troya cayó en manos de los griegos. Sófocles, en su obra perdida *Laocoonte*, amplificó la figura del piadoso Eneas, rasgo que también fue destacado en otros escritos perdidos o de los cuales sólo conservamos fragmentos.<sup>35</sup>

En la literatura latina anterior a Virgilio, Eneas fue un personaje presente en el *Bellum Poenicum*, escrito por Nevio en el siglo III a.C, quien trabajó con las variadas versiones que se venían desarrollando en Roma desde el siglo V a.C. a este respecto<sup>36</sup> Hasta donde ha sido posible reconstruir el argumento de esta obra, su autor habría insertado a Eneas en la historia de los orígenes de Roma, conservándole las características de la piedad, el coraje y su carácter de exiliado de la destruida Troya. Durante el viaje que siguió a la destrucción, Eneas habría pasado por Cartago, conociendo a Dido, presentada más probablemente como una maga a la imagen de Circe en la *Odisea*, tal como por lo demás parece haber figurado en la *Odisea* de Livio Andrónico, texto poco anterior al de Nevio.<sup>37</sup>

Este es el personaje que tomó Virgilio en sus manos y puso como protagonista de la *Eneida*, en quien se reúnen todos los tiempos de Roma. La cronología de los hechos nos ubica en el siglo XII a.C., pero en sus aspectos más profundos es un hombre de los tiempos de Virgilio; esto es, de la crisis y cambio que significa el establecimiento del régimen imperial. Podemos agregar que recoge e incluye lo que ha sido el tránsito de Roma

<sup>33</sup> *Ilíada* XX, 179-183.

<sup>34</sup> Para estos aspectos es de mucha utilidad la voz "Enea" a cargo de Horsfall, N. en *Enciclopedia Virgiliana*, 2, pp. 221-228.

<sup>35</sup> Una obra de reciente aparición y que reúne los fragmentos épicos que han llegado hasta nosotros es la de Debiasi, A. *L'epica perduta*, Hesperia 20, L'Erma di Bretschneider, 2004.

<sup>36</sup> Knight, W.F.J., "Aeneas and History", en *Greece and Rome*, vol. 6, N° 17, 1937, pp. 70-77. La mención específica se encuentra en pág. 70.

<sup>37</sup> Véase al respecto la voz "Enea: il personaggio di Enea nella tradizione pre-virgiliana", a cargo de Grimal, P. en *Enciclopedia Virgiliana*, vol. 2, pp. 229-231. Para la relación de Virgilio con algunas de las fuentes más consideradas en la época del autor, véase a Northwood, S.J: "The alternative Aeneas", en *The Classical Review*, vol. XLVII, N°2, 1997, pp. 285-286. Un artículo en el que se hace una revisión completa y problematizada de la figura de Eneas es el de Horsfall, N. "Some problems in Aeneas Legend", en *The Classical Quarterly*, N.S., vol. 29, n° 2, 1979, pp. 372-390.

entre un momento y el otro y que resume aquellos valores considerados fundantes por los sectores conservadores de la Roma de los tiempos del emperador Augusto. En primer lugar, lo que lo motiva y predispone a la acción son los valores, más que las consideraciones prácticas o de utilidad, de las cuales Eneas parece algo indiferente y distante. Segundo, en la medida que el viaje avanza, Eneas se va abriendo de manera más amplia a las nuevas experiencias y las incorpora. En su llegada e instalación en Italia, si bien no se puede negar que mantenga su condición de troyano, empezará a ser cada vez más italiano por la vía de las alianzas establecidas en el territorio, por el camino de su futuro matrimonio con Lavinia, la princesa nativa, y porque con ella fundará una estirpe que fusionará ambas sangres. En la *Eneida* no se dice nada sobre los sucesos posteriores a la muerte de Turno y sobre el comienzo de la era de Eneas, pero tenemos todos los elementos para suponer que su gobierno habrá incorporado por igual a latinos y troyanos, cumpliendo así el compromiso que asumiera en los momentos finales del poema. Eneas, entendemos, habrá presidido Italia en calidad de articulador de distintas tendencias e intereses representados por la variedad de pueblos que la componen, y esta, cabe destacarla, es la característica central de la concepción imperial de Augusto, así como de su acción.



Eneas abandonando Troya, Federico Barocci, 1598

La piedad, ya presente en el Eneas de la narración homérica, se convierte en el rasgo decisivo y principal de su personalidad.<sup>38</sup> Se trata de una devoción rica y compleja, marcadamente romana. En primer lugar, y siguiendo el orden de aparición en el poema, aparece la dimensión cívica del héroe que lucha hasta el final para salvar a la ciudad de los griegos, exponiendo su vida, intentando coordinar a los troyanos dispersos que no logran articular movimientos que alejen a los que incendian, matan y destruyen Troya. En el viaje posterior, narrado por el propio Eneas en el libro III, Apolo, a través de sus múltiples maneras de aparecer ante los hombres, le va indicando que esta piedad cívica tiene un sentido que ha sido establecido por el destino y que la llegada a las tierras del Lacio constituirá una oportunidad para acrecentarla y consolidarla.

Se trata, en el plano cívico, de una piedad que, partiendo de una disposición que ya los dioses habían advertido en la *Ilíada*, se va construyendo en el tiempo y que, de acuerdo a la escena final del poema, no terminará nunca de asentarse de manera definitiva. Como tal, es desafiada y reafirmada en distintos momentos. La estadía en Cartago con la reina Dido y la posibilidad de satisfacer en dicho lugar todas sus aspiraciones luego de varios años de viaje e incertidumbres, constituyó –como se lo dirá más adelante la sombra de su padre- el máximo reto afrontado. El viaje al mundo de los muertos en el libro VI, el encuentro con su padre Anquises y la galería de héroes que representan la futura historia de Roma y su Imperio, tendrá el papel de afirmarlo de una manera importante en este plano.<sup>39</sup>

La noche de la destrucción de Troya, Eneas tuvo un gesto con el cual la posteridad ha terminado por identificarlo: cargó, en medio de una ciudad en llamas y con los enemigos muy cerca, a su padre parálítico sobre sus hombros y protegió a su hijo Ascanio. Esta es la expresión máxima de una piedad filial que mantendrá a lo largo del viaje y hasta que su padre muera.

La piedad religiosa, rasgo muy acentuado en el personaje, acompaña a aquella cívica y filial. La primera se expresará no sólo en la atención a los dioses y en el seguimiento de sus mandatos e indicaciones, sino que también en la ritualidad permanente de sus ofrendas cada vez que llega a un nuevo lugar, como también ante cualquier momento significativo que le toca vivir.

El carácter piadoso de Eneas es lo que constituye su heroicidad, en contraposición con la fuerza combativa de Aquiles, quien por cierto carece casi completamente de piedad cívica, y de la inteligencia de Odiseo, dirigida de manera fundamental a salvar los escollos que lo separan de Ítaca. Eneas sería, entonces, un personaje nuevo y único en la literatura antigua:

---

<sup>38</sup> Una interesante presentación de la piedad de Eneas se encuentra en prólogo a la edición francesa de la *Eneida* a cargo de Perret, J. Belles Lettres, Paris, 1977.

<sup>39</sup> Una tesis reciente que contiene aportes interesantes sobre la “iniciación cívica” de Eneas es la de A. Vásquez M., *El Libro VI de La Eneida*, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2003.



También nos llama la atención al hecho de que el tipo representado por el Eneas de Virgilio no parece tener precedente en la literatura griega y romana. No hay ninguna señal de que la concepción de Eneas como hombre con una misión o vocación, deba algo a la memoria de la misión ética de Sócrates, quien estaba según su convicción 'comandado por los dioses, a través de oráculos y de sueños, y en todas las formas en que un hombre es impelido', para persuadir a los atenienses de que cuidaran su excelencia moral... La concepción personificada en Eneas sobre un hombre llamado a servir un alto propósito en la historia a instancias de los dioses, es una creación de Virgilio, al menos hasta donde podemos afirmarlo.<sup>40</sup>

Las características destacadas por Camps, así como por tantos otros autores<sup>41</sup>, han inducido a muchos lectores y estudiosos de la *Eneida* a disminuir la condición de Eneas en cuanto personaje humano, presentándolo más como un paradigma o referente del cúmulo de las virtudes solicitadas a un romano de fines del siglo I a.C. Su condición de héroe religioso, además, ha dado pie para que muchos lo consideren un personaje menos dramático y brillante que sus antecesores homéricos.

Eneas, por cierto, es un personaje religioso, de una marcada espiritualidad, que, con tensiones y desgarros evidentes, opta por aceptar y participar en el espacio que le ha sido asignado por el destino. Su opción tiene los elementos de una consagración a la misión que le ha sido encomendada, con una profundidad y forma de vivirla que se acerca a lo que nosotros definiríamos, en términos contemporáneos, como un sacerdocio.

El resultado es un carácter lleno de vitales tensiones humanas. Un aspecto esencial que contribuye a su eternización es el marcado énfasis en su caracterización, como en la *Eneida*, en general, a partir de dimensiones internas más que externas... En vez de las proezas exteriores de Eneas, son sus cualidades íntimas, sus dilemas y sus complejas decisiones morales, las que están en el corazón de la *Eneida*. El aspecto trascendental de su heroísmo es interior. Esto requiere auto control y disciplina...<sup>42</sup>

---

<sup>40</sup> Camps, W.A., *op.cit.*, p. 23.

<sup>41</sup> Sobre la figura de Eneas existe una bibliografía abundante. De su especificidad y diferencia con los modelos heroicos griegos, escribió Glover, T.R. un importante artículo en 1903: "Virgil's Aeneas", en *The Classical Review*, vol. 17, (Feb., 1903), pp. 34-42. Treinta años después, Bowra, C.M., publicó su "Aeneas and the Stoic Ideal" en *Greece and Rome*, vol. III, N° 7, Oct., 1933, pp. 8-21 (reproducido en *Oxford Readings in Virgil's Aeneid*, *op. cit.*, pp. 363-377). Este escrito, en el cual Eneas transita hacia su madurez y plenitud de acuerdo a los perfiles estoicos, a lo largo del poema, puede considerarse como uno de los que ha tenido mayor impacto sobre el tema, y constituye una referencia obligada hasta el día de hoy, tanto para sus continuadores como detractores. Un ejemplo del impacto de este texto se puede encontrar en Wilson, J.R. "Action and emotion on Aeneas", *Greece and Rome*, 2° Series, April 1969, vol. XVI, N° 1, pp. 67-75. El artículo de Williams, R.D. de 1960, "The purpose of the Aeneid", citado profusamente en estas páginas, sigue teniendo gran vigencia y ha inspirado muchos trabajos nuevos. Eneas, en cuanto protagonista del poema, ha sido abordado de manera pormenorizada por Camps, W. A., en el capítulo III de su *Virgil's Aeneid...*, ya citado en más de una ocasión. Interesantes son las entradas a Eneas en la *Enciclopedia Virgiliana*, a cargo de Horsfall, N. y Grimal, P. Finalmente, la Parte III del libro de Adler, E. *Virgil's Empire...*, ya citado, ofrece algunas perspectivas interesantes para el estudio y análisis.

<sup>42</sup> Galinsky, K. *op.cit.*, p. 239.

Se trata de una interioridad que no se opone a lo público y que más bien está volcada hacia dicho escenario. Por el contrario, la tensión reside justamente en la consagración a dicha misión, con el consiguiente esfuerzo en cuanto a la disciplina y autocontrol que ello implica.

La misión pública de Eneas tiene una estrecha relación con el poder, frente al cual Eneas, el personaje creado por Virgilio, evidencia un claro interés y cercanía desde el principio del poema. Un punto que resultaba oscuro en la leyenda de Eneas era la manera en la que él había llegado a ser el comandante y había sido reconocido como rey de los troyanos que sobrevivieron a la guerra. Esta situación queda salvada en el poema dado que dicha condición le fue otorgada por la sombra del propio Héctor en su mensaje nocturno, pero eso era algo que solamente Eneas había escuchado durante el sueño. A partir de ahí quedaba un camino hasta obtener el reconocimiento indiscutido de los suyos y poder aspirar a la conducción de los troyanos con títulos legítimos.

En el libro II, aquel en que Eneas narra a Dido la caída de la ciudad de Troya ocurrida seis años antes, él se construye a sí mismo como personaje de dicha situación. Ante su auditora insiste varias veces en que fue el más decidido defensor de la ciudad asediada, permaneciendo en ella hasta el momento en que todo combate resultaba inútil. ¡Qué nadie dudara que fue su mejor defensor!, es el mensaje claro que transmitieron sus palabras. En el relato no tienen cabida alguna aquellas otras tradiciones en que se sindicaba a Eneas abandonando la ciudad sin intentar su defensa o, peor aún, que habría sido uno de los negociadores que posibilitaron el triunfo de los griegos a cambio de salvar su vida y la de sus más cercanos, versión esta última que encontrará amplio eco en los romances medievales dedicados al tema.<sup>43</sup>

En el libro III hay dos momentos muy significativos a este respecto: el primero de ellos es cuando Eneas se informa de que Polidoro, el menor de los hijos de Príamo, fue asesinado durante su estadía en Tracia. El segundo tiene lugar cuando encuentra a Heleno, el otro hijo del rey Príamo sobreviviente a la caída de Troya, y éste le manifiesta que no tiene interés alguno en heredar el poder de su padre, reafirmando por esta vía los derechos de Eneas para comandar a los troyanos. Se despejan así los posibles inconvenientes de que la conducción recayera en alguno de los herederos directos de la corona que había quedado vacante tras la muerte del rey.

El libro IV, aquel en que se narra la estadía de los troyanos en Cartago, entrega algunos aspectos interesantes respecto del tema. Eneas aparece acompañando a Dido en el gobierno de la ciudad y en ciertos pasajes dirigiéndola en primera persona. Esto no tendría nada de extraño por cuanto aceptaba condiciones que le

---

<sup>43</sup> Dos referencias muy importantes en este sentido son Stahl, H-P., "Political Stop-Overs on a Mythological Travel Route. From Battling Harpies to the Battle of Actium", en *Virgil's Aeneid. Augustan Epic and Context*, edited with an Introduction by Hans-Peter Stahl, Duckworth in association with The Classical Press of Wales, Great Britain, 1998, especialmente pág.43, y "The third book of the Aeneid: from Homer to Rome", pp. 50-72, en Putnam, M. *Virgil's Aeneid. Interpretation and Influence*, The University of North Carolina Press, USA., 1995. El artículo ya citado de Horsfall, N. "Some problems...", ilustra muy bien la situación.

habían sido ofrecidas de manera voluntaria, óptimas, por lo demás, para un exiliado que había realizado un extenso y agotador viaje por el mar. Para Eneas, hasta que Júpiter se decidió a intervenir y exigirle de manera perentoria que continuara su viaje, la situación parecía resultarle más que aceptable y satisfacer sus intereses y aspiraciones. Solo a partir de la intervención del padre de los dioses, se informa al lector de que Eneas disfrutaba del poder a pesar de las pesadillas en que se le aparecía la figura de su padre para reprocharle por la situación. Más aún, lo hacía en contra de la voluntad de los troyanos que lo acompañaban, quienes aceptaron felices la orden de zarpar.

A partir del libro VII, una vez que los troyanos llegan al Lacio, las palabras y acciones de Eneas irán dirigidas de manera constante a presentarse como un portador de la paz. Ellos, declara, sólo desean un espacio de territorio donde instalarse, agradecerán cualquiera que se les asigne y no perturbarán a nadie. No obstante esto, terminará en breve dirigiendo una coalición que hará la guerra a la otra mitad de los habitantes de Italia, derrotándolos y asegurando el control sobre todos los pueblos del lugar.

En el canto VIII Eneas visita a Evandro, rey de los arcadios, que habita en el Lacio, más específicamente en los lugares donde luego se levantará la ciudad de Roma. Va hasta él en busca de ayuda y de aliados para la guerra, y allí le menciona, de manera fría y calculada, que en esta guerra ellos son los agredidos (“con cruda y tenaz guerra, nos combate”) y que su derrota sería el fin de la última posibilidad de libertad para tierras y mares cercanos (“y se figuran que, si logran lanzarnos de sus lindes, nadie en Ausonia habrá que los contenga y al fin subyugarán todos sus campos del uno al otro mar, omnipotentes”<sup>44</sup>). Nada, por cierto, ni una palabra sobre la condición de los troyanos como inmigrantes a estas tierras, de su aceptación inmediata para casarse con la princesa del lugar, ni la decisión de luchar por las tierras contra los nativos de ellas.

Puede ser cierto que estas fuesen tareas que le habían encomendado los dioses y que le habían significado renunciaciones personales importantes, pero Eneas valoraba y apreciaba el poder, y en su búsqueda se movía con frialdad y decisión.

---

<sup>44</sup> *Eneida* VIII, 146 y ss.